

familias, usando al efecto de su frase favorita de: *muchachos, id á cambiar de camisa.*

Al mismo tiempo que el jefe del Maestrazgo dictaba estas disposiciones, uno de sus lugartenientes se dirigía con su columna á Belmont sobre el Ebro, se hacía dueño de la población y de lo que había ido á buscar á ella, consistente en cuatrocientos quintales de plomo; artículo muy necesario para el suministro del balerío y del que, apoderada su gente, lo condujo con toda seguridad á Mora.

Suceso todavía mas lamentable vino á agravar la serie de descabros que la causa liberal venía experimentando. El brigadier Pardiñas, que tanta fama había cobrado en los últimos meses por sus triunfos sobre las facciones, ambicionaba consolidar su naciente gloria venciendo á Cabrera, abrigando la sobradamente confiada esperanza de conseguirlo con la misma facilidad que había logrado rendir á don Basilio.

Grandes eran el arrojo y la bizarria de Pardiñas, pero le ganaba en cautela y experiencia militar el rival á quien se había propuesto humillar y que, conocedor del terreno, consumado en la clase de guerra que desolaba á España, y no menos seguro de su gente que lo estaba de sí mismo, buscaba también con ansia á Pardiñas, anunciando enfáticamente á sus voluntarios que al primer encuentro darian fin del temido jefe liberal. El 29 de setiembre ocupaba Pardiñas el pueblo de Maella, á donde se dirigió derechamente Cabrera; y aceptada la provocación, como no podía menos de serlo, por su contrario, trabóse la reñida lid, en la que después de haber peleado con fortuna varia, aprovechó Cabrera sagazmente de un cambio de frente, de una grave falta estratégica cometida por una de las alas de la división Pardiñas, para arrancar á este de las manos la victoria que creía tener asegurada. No queriendo Pardiñas sobrevivir á su derrota, buscó la muerte y la halló sobre el campo de batalla, donde dejó su cadáver cubierto de honorosísimas heridas. La destrozada división logró apenas salvar dos de los cinco batallones de que constaba.

Causa asombro y pena el encarnizamiento, la crueldad que señaló aquel día de horrible matanza. Al comenzar la acción no dió cuartel la caballería de Pardiñas á algunos rendidos de la división Cabrera; y vencedor que se vió este, en vez de conducirse con la generosidad que tan bien sienta á los valientes, hizo gala de no dar cuartel á los prisioneros de la misma arma, mandando fusilar á ciento sesenta y uno de la caballería de Pardiñas; acto de inaudita ferocidad que dió lugar á un incidente que honra en extremo al oficial carlista que lo motivó. Un ayudante de Cabrera llevó al capitán Espinosa la orden de que diese muerte instantáneamente á cincuenta prisioneros caídos en su poder; á lo que noblemente contestó el requerido que *no tenía lanza después de la acción*; ejemplar negativa que obligó al autor de la inicua orden á designar á otro que consintiese en hacer el oficio de verdugo.

Las furias infernales parecían haberse apoderado de Cabrera en aquellos tristes días, principalmente con relación á la memoria del valeroso y desgraciado Pardiñas. Entre los prisioneros hechos á este había noventa y seis sargentos á los que se invitó á entrar en las filas carlistas como el mejor medio de sacar sus vidas á salvo. Negáronse los sargentos á la propuesta; y sabedor Cabrera de que uno de ellos había de jado escapar la expresión de *primero morir que tomar parte con ladrones*, se dejó cegar del orgullo y de la rabia hasta el inaudito extremo de dictar el fusilamiento de los noventa y seis sargentos, bárbaramente inmolados á sangre fría después de una lucha honrosa en que vencidos y vencedores se portaron como valientes.

Por desgracia las malas acciones tienen siempre imitadores mas fácilmente que las buenas. Los nacionales de Villamalefa, intimidados á rendirse, se encerraron en el fuerte resueltos á vender caras sus vidas; pero habiendo los carlistas prendido fuego á los cuatro costados del edificio, pidieron capitulación, que les fué solemnemente concedida y en cuyas estipulaciones entraban las tres siguientes cláusulas:

- 1.<sup>a</sup> Que serían canjeados á los quince días.
- 2.<sup>a</sup> Que no recibirían daño en sus personas y bienes.

3.<sup>a</sup> Que después de canjeados podían quedarse en sus casas ó tomar parte con los carlistas.

Inverosímil parece, pero no es posible dudarlo afirmándolo el ilustrado compilador de los mas interesantes datos reunidos para escribir la historia de la guerra civil. La capitulación fué violada y fusilados los cincuenta y seis nacionales comprendidos en ella; pero quedaban diez entre niños y adolescentes que un sentimiento de universal compasión había salvado del sangriento holocausto! Pocos días después, y por orden de Cabrera, recibieron aquellas inocentes víctimas de manos de sayones una muerte que se resiste creer les fuese ordenada por el mismo hombre á quien hemos tratado y con quien hemos cambiado en la emigración amistosas hospitalidades, á las que no hubiera podido prestarse un hombre honrado que hubiese conocido hechos de índole tan odiosa.

La noticia de semejantes horrores, llegada á Valencia, produjo una conmoción. Grupos amotinados cruzaron las calles profiriendo el salvaje grito de *represalias*. La mas numerosa de aquellas turbas, reunida en la calle de Zaragoza, consintió dólil en dispersarse á la voz amiga del capitán general don Froilan Mendez Vigo.

Alentado por el éxito de este primer paso conciliador, quiso el general repetirlo dirigiéndose á las Escuelas pías donde se le dijo había otro gruto amotinado. Acercóse á él con confianza, dirigióle persuasivas frases que surtieron el mejor efecto; y cuando todos se retiraban y el conflicto parecía iba á llegar á su término, un disparo traidor salido de un escapado situado en una contigua esquina dejó cadáver en el acto al benemérito general que tan esclarecidísimo ejemplo de civismo acababa de dar.

Valencia quedó, como era de prever, en manos de la anarquía, la que buscó por representante, en calidad de sucesor de Mendez Vigo, al brigadier don Narciso Lopez, cuyos antecedentes son sobradamente conocidos de nuestros lectores para que acerca de su persona sea necesario añadir una sola palabra mas. Instalóse una junta de represalias por disposición de la cual, trece oficiales carlistas prisioneros fueron entregados al plomo asesino.

Con agravadas circunstancias reproducíanse en la provincia de Zaragoza dos días después hechos análogos. La hecatombe de Villamalefa produjo también su efecto entre los impresionables zaragozanos. Instalóse la inevitable junta de represalias, por cuya disposición fueron pasados por las armas cincuenta y cinco prisioneros carlistas.

No es posible escribir con la fría imparcialidad que cumple á la historia hechos, no ya accidentales, sino sistemáticos de semejante naturaleza. Los lectores de la presente historia han podido observar con cuánta severidad hemos juzgado el hecho injustificable de la arbitraria muerte dada á la madre de Cabrera, atribuyéndole en gran parte las proverbiales crueldades de su sanguinario hijo, y dejándonos llevar hasta cierto punto por lo excepcional del motivo que impulsaba sus inauditas venganzas, llegamos hasta á disculparle.

Posteriormente, y separando de nuestra memoria la de aquellos tristísimos hechos, el público ha podido también observar la extremada imparcialidad con que hemos juzgado á Cabrera, sin cercenarle ni un ápice las favorables cualidades que podían coexistir en la fiera naturaleza de aquel hombre apasionado y familiarizado con el derramamiento de sangre. Pero las renovadas pruebas de su insaciable sed de verterla, sed no justificada por el influjo de ningún sentimiento noble, como aparece de los hechos que acabamos de enumerar, producen en nuestro ánimo una reacción de la que, en honra de la humanidad, es de esperar participen la mayoría de nuestros lectores.

Afirma el señor Pirala en su interesante historia, tan llena de auténticos datos, que antes de la ejecución de su madre había Cabrera hecho fusilar á ciento ochenta y un nacionales, añadiendo que posteriormente, y hasta el 1.<sup>o</sup> de noviembre de 1838, habían perecido por su orden setecientos treinta prisioneros y trescientos setenta y uno por la de sus subordinados; lo que hace un total de mil ciento y un fusilados á sangre fría y después de rendidos.

Llangostera y Forcadell recorrieron por aquellos días las

riberas del Jalon, entregándose á repetidas atrocidades, de las que fué principalmente víctima el pueblo de Urrea de Jalon, cuyos nacionales experimentaron crudísimo tratamiento.

En presencia de horrores tan inauditos, debe sorprender menos el recuerdo que tales sucesos nos traen en memoria de un capitalista de Madrid, quien propuso en aquel tiempo á sus amigos levantar una suscripción destinada á pagar á peso de oro el asesinato de Cabrera, suscripción que abría por su parte el proponente encabezándola con la cuota de veinte mil duros, iniciativa que afortunadamente no encontró eco, dejando á salvo la irredimible deshonra que, de haber sido aceptada, habría recaído sobre la opinión liberal.

El general don Antonio Van-Halen, que había sido separado de un mando superior al mismo tiempo que del suyo lo fué Oraá, obtuvo, merced á la amistosa protección que le dispensaba el general Espartero, la capitania general de Aragón y de las provincias de Valencia, Alicante, Albacete y Murcia. En posesión de esta investidura, y probablemente emulando la situación que en las provincias catalanas se había creado el baron de Meer, expidió Van-Halen órdenes, en virtud de las cuales se incautaba de la administración de las provincias de su vasto distrito, haciéndose cargo de todos los servicios, prohibiendo que los bonos del Tesoro, así como toda otra clase de papel, fuesen admitidos en pago de contribuciones y derechos, cuya recaudación puso en mano de las intendencias militares.

Interin el nuevo Capitán general dictaba estas disposiciones, Caspe era sitiado, cañoneado por algunos días, y entregado, por último, á las llamas, al mismo tiempo que las brigadas y columnas carlistas atrevesaban casi libremente los territorios del Bajo Aragón y de Valencia, logrando evitar el encuentro de las columnas liberales cuando no tenían seguridad de batirlas. El 12 de noviembre se presentaba Cabrera en Calatayud, cuya población ocupó, imponiendo al vecindario, y principalmente á las familias liberales, fuertes exacciones de dinero, que hizo extensivas á los pueblos circunvecinos, aumentando el botín ya recogido por Llangostera, Forcadell, Aman y sus demás jefes expedicionarios.

Los generales Van-Halen y Ayerbe se pusieron en movimiento en persecución de Cabrera, y lo siguieron sin dar con él, ni en Cariñena, ni en Calamocha, ni en Santa Olalla, ni en Caudet, Alfambra y Camarillas, dejando á salvo su territorio de Cantavieja.

Respondiendo al diapason de aquellos días de febril cuanto insensato apasionamiento, el brigadier don Narciso Lopez, que mandaba las armas en Valencia, dió á luz una proclama en la que enfáticamente declaraba ser llegado el día de prescindir de *sensibilidades* y de responder con sangre á provocaciones de sangre.

El general Borso, informado de que Llangostera conducía un rico convoy á Cantavieja, destacó en su persecución al coronel Pezuela, al frente de cuatro escuadrones. Tuvo este bizarro jefe un feliz encuentro con el enemigo que buscaba y al que, dando vista al pié de Chiva en los llanos de Cheste, atacó y arrolló con gallardía, huyendo los carlistas en dirección de Pedralva, después de dejar el campo cubierto de cadáveres y de hacerles 170 prisioneros, entre ellos 12 oficiales; pero desgraciadamente logró Llangostera salvar ileso su convoy.

Mas afortunado Narciso Lopez atacó á Arnau, cuñado de Cabrera, á quien tomó 2,000 cabezas de ganado y 70 cargas de paño de que este se había apoderado.

Aunque próxima á desaparecer, no había terminado todavía la epidemia de las represalias que la prensa progresista tenía la debilidad de continuar propagando y en obediencia á cuyas inspiraciones, de que también participaba Zaragoza, el general Van-Halen dispuso el fusilamiento de 76 de los prisioneros carlistas hechos en Cheste.

Como mas adelante veremos, la caída del ministerio Ofalia arrastró la del benemérito general Latre, reemplazado por el general Aldama, quien fácilmente se prestó á ascender á Van-Halen al empleo de teniente general. Un año antes era brigadier y no había desde entonces ganado ninguna gran batalla.

Los bárbaros fusilamientos que provocaban la indignación

de todo patricio honrado, como de todo liberal discreto, encontraron un adversario inteligente en el general Borso, quien dió su dimisión á consecuencia de disintimiento con Van-Halen sobre el gravísimo asunto de las represalias.

Afortunadamente un real decreto, fechado el 12 de noviembre, hacia cesar en todo el reino las juntas de represalias, reservando el conocimiento de todos los casos en que estas habían entendido á los generales en jefe y capitanes generales de distrito.

## CAPITULO V

### Preponderancia de la política del elemento militar

La pacificación de la Mancha.—Espartero y Narvaez.—Paso por Madrid del ejército de la Mancha.—Dimisión de Narvaez.—Pronunciamiento de Sevilla.—Agitaciones y disturbios en Madrid.—Reinense las Cortes.—El ministerio Perez de Castro.—La guerra en Castilla, Extremadura, Asturias y Galicia.

La formación del ejército de reserva de Andalucía fué un pensamiento verdaderamente salvador en el estado á que habían llegado las cosas en fines de 37. Las facciones de la Mancha se habían ramificado con las de Extremadura y puesto en contacto con Cabrera por la Serranía de Cuenca, conocido que fué el designio del temible jefe del Maestrazgo de establecer una línea de fuertes que incomunicase á Madrid con las provincias del Norte, y fácilmente hubiera podido realizarse otro tanto respecto al Mediodía y Oeste de España, en cuyo caso el gobierno de la Reina hubiese tenido que cambiar de residencia ó renunciar á hallarse en comunicación con el ejército y con las provincias. De Aranjuez á Despeñaperros y de Albacete á Badajoz el tráfico interior se hallaba interrumpido del todo por los carlistas, que, dueños de las llanuras manchegas, las dominaban y tenían puestas á saco. La circulación de los carruajes y diligencias había cesado en la línea de Madrid á Andalucía.

Para buscar remedio á tales contingencias surgió la idea de la formación del ejército de reserva, cometida al brigadier Narvaez por los ministros sucesores de Calatrava, á manera de desagravio de las persecuciones é injusticias que de manos de aquel gabinete había recibido el vencedor de Gomez.

Ninguna clase de recursos proporcionó el gobierno al jefe á quien encomendaba la formación de un ejército, para cuya organización debía Narvaez agenciarlo todo menos los hombres, que se sacarian de los residuos de la última quinta, de los cuerpos francos y de los voluntarios movilizados. Todo lo demás, equipo y material, tenía que proporcionárselo Narvaez, á cuyo efecto se autorizó á las diputaciones provinciales de Andalucía á contratar empréstitos, al paso que al general se le dieron facultades para pedir limosna á los pudientes de las provincias meridionales.

Pero dióse tan buena traza el misionero y su amigo y cooperador don Antonio Ros de Olano, que lo acompañaba en calidad de presunto jefe de E. M., que hallaron el terreno todo lo mas propicio que podían apetecer. En Málaga, en Cádiz, en Córdoba, en Jaen y en Sevilla se abrieron numerosas y crecidas suscripciones, que no tardaron en procurar el efectivo necesario para en tres meses haber puesto sobre las armas 12 á 15,000 soldados de excelente calidad y mandados por jefes y una oficialidad escogidos, sacados de las filas del ejército por indicación de Narvaez.

A la cabeza de esta fuerza y en obediencia de las órdenes del gobierno, presentóse Narvaez en la Mancha en los primeros días de julio; y fueron tan acertadas sus disposiciones, tan perspicaz el juicio que formó de los elementos locales que mantenían la insurrección y entregaban el país á la dominación de los Palillos, de los Jaras y de los Pecos, que, como por encanto y en el brevísimo espacio de dos meses, quedó la Mancha libre de facciones, pacificada y en estado completamente normal.

Fué tan grande la maravilla de sus habitantes al ver cómo por encanto se operaba aquella especie de milagro, que un coro unánime de alabanzas, un entusiasmo febril acrecentó la popularidad que ya habían empezado á labrar en favor de Narvaez, sus hechos como jefe de la división de vanguardia

del ejército del Norte, hechos cuya fama grandemente acrecentó su activa é inteligente persecucion de don Basilio y de Gomez.

Pero aquella nombradía, legítimamente adquirida en parte, y en parte tambien prodigada por la opinion, estaba produciendo efectos muy contrarios en otro extremo de la Península. Mas no anticipemos el triste episodio de nuestras discordias civiles, del que pronto tendremos que ocuparnos, y demos fin de la breve reseña de la campaña de la Mancha y sus resultados.

La misma severidad, tal vez excesiva, empleada por Narvaez para castigar á los instigadores y cómplices de las facciones, impresionó tan fuertemente al público manchego que no pudo menos de arrancar ruidosos y entusiastas elogios que realizaban mas y mas el prestigio que ya rodeaba á la persona del bizarro soldado, liberal de abolengo, pues Narvaez habia pertenecido á las guardias españolas fieles á la bandera constitucional en el memorable 7 de julio de 1822 y como ayudante que fué de Mina en la campaña del siguiente año contra las facciones y contra los franceses.

En el capítulo anterior dejamos anunciado que no tardaria en efectuarse la expiacion del gran delito cometido por don Basilio en el pueblo de la Calzada de Calatrava, en cuya iglesia se entregaron á las llamas los cuerpos vivos de 300 criaturas humanas, nacionales y sus familias, que habian buscado refugio en aquel edificio, convertido en fuerte. La fama pública señaló desde entonces como instigador y consejero de aquel acto feroz á un personaje eclesiástico de grande influjo en el país; el titulado gran prior de la encomienda don Benito Torrubia (segun el señor Pirala) y don Valentin Torrubia (segun lo actuado en el consejo de guerra); hombre que mereced á su posicion, á su carácter, á lo pingüe de la prebenda de que gozaba en el antiguo régimen, era tenido por el sujeto de mayor suposicion en el país.

Como el hecho que la opinion le imputaba habia en cierto modo prescrito, no habiendo por nadie pedídosele cuenta de su conducta, el don Valentin permaneció tranquilo en el goce de su dignidad, siéndole, por lo demás, mas fácil ayudar á los carlistas viviendo entre los liberales, que peregrinando á salto de mata en compañía de Palillos y sus compañeros.

En tal estado y habiendo llegado Narvaez á la Calzada, presentóse Torrubia á cumplimentarle, cuando con gran sorpresa oyó de los labios del general que la conducta que se le atribuía en el trágico lance acaecido meses antes, iba á ser depurada ante un consejo de guerra. Reducido á prision en el acto el prior y juzgado por dicho tribunal que presidió el marqués de las Amarillas (futuro duque de Ahumada) fué Torrubia, al mismo tiempo que otros cómplices de la atroz matanza, condenado á la última pena.

Los pueblos de la Mancha se mostraron atónitos ante el hecho de ver que la cuchilla de la ley se hallase pendiente sobre el personaje que, por fanatismo en unos, y por el temor que á otros inspiraba, era mirado como inviolable. Así fué que toda la sociedad manchega de alguna suposicion se puso en movimiento para salvar la vida del temido eclesiástico.

A porfía llegaban al cuartel general de Narvaez las cabezas de las principales familias del país, solicitando con muestras del mas vivo interés, la gracia del sentenciado. Entre los impetrantes figuraban señoras de la primera categoría.

Inflexible en su propósito de dar un gran ejemplo, mostróse Narvaez sordo á todas las plegarias; y cuando creía haber hecho á la Nacion, considerándolo como un deber, el sacrificio de una parte al menos de la popularidad que habia adquirido; apenas cesó el estampido de las descargas que dejaron tendidos en el campo expiatorio los cadáveres de Torrubia y sus cómplices, vióse Narvaez nuevamente visitado por no pequeño número de los mismos que con tanto empeño habian solicitado el perdón del prior y que ahora llegaban á felicitar al general por su energía y á darle las gracias de haber libertado al país de aquel hombre funesto, cuya impunidad habian solicitado impelidos por el miedo que les inspiraba, por lo que de él hubieran tenido que temer si, habiendo conservado la vida, les hubiese echado un dia en cara que no habian gestionado en su favor.

Igual saludable rigor desplegó Narvaez contra otros cómplices de las facciones, que servian á estas y con las que partian sus exacciones, fingiendo hacerles la guerra al frente de voluntarios y de cuerpos francos cuyos movimientos dirigian en ayuda en vez de en daño de las facciones.

Aquellas salvadoras medidas; la reorganizacion de los servicios públicos; la presentacion á indulto de gran número de cabecillas y de secuaces de estos; las derrotas que habian experimentado los que no deponian el territorio, dió en fines de agosto del todo cumplida la pacificacion de la Mancha, y disponíase Narvaez á trasladarse á la provincia de Toledo, donde tenia pensado dar un espectáculo que en cierto modo no habria dejado de ofrecer analogía con las memorables expiaciones consumadas por Espartero en Miranda y Pamplona.

Hallábase Narvaez íntimamente imbuido de la creencia de que las facciones de la Mancha recibian impulso, al mismo tiempo que subsidios, del cabildo de Toledo. Poseía los nombres de los principales agentes de la trama y se proponia, llegado que hubiese á aquella capital, haber reunido el cabildo en la catedral á puerta cerrada y desde el púlpito haber dirigido la palabra á la corporacion, señalando á aquellos de sus miembros á los que juzgaba culpables.

Arrestados en el acto y entregados al consejo de guerra, juntamente con los datos que Narvaez consideraba como prueba ó, por lo menos, como medio para obtenerla, queria que los convictos hubiesen sufrido suerte igual á la que habia cabido á los reos de la Calzada.

Aquel singular y dramático proyecto, cuya relacion tuvimos ocasion de oír sériamente expuesto por boca del que lo concibió, vióse desvanecido por el recibo de una real orden, llegada á manos de Narvaez el 27 de setiembre en Yébenes, por la que se le nombraba capitán general de Castilla la Vieja, donde debia seguirlo una parte del ejército de reserva, quedando la restante en la Mancha á las órdenes del general Noguera, á quien se encomendaba la conclusion de la obra que no se daba tiempo á Narvaez para dejar terminada.

¿A qué causa era de atribuir aquella inesperada resolucion; á qué móviles podia obedecer una medida que dejaba en duda si era de parte del gobierno una demostracion de confianza ó únicamente el medio de poner á Narvaez en el paradero de presentar su dimision? El gabinete Ofalia, debilitado por la ruda oposicion que encontró en las Cortes y la que fuera de ellas le hacia el partido progresista, mas debilitado todavia por no haber conseguido la suspirada cooperacion de la Francia y muy principalmente por no haber logrado levantar suficientes medios pecuniarios para hacer frente á las atenciones de la guerra, recibió el gabinete lo que podremos llamar el golpe de gracia de manos del general Espartero.

Meses antes habia hecho este público su apartamiento del ministerio por medio de la ruidosa orden del dia 2 de febrero, en la que se lamentaba de la falta de víveres y de recursos en que se tenia al ejército. Semejante significativa agresion, de parte del general en jefe, habria bastado para poner término en marzo último á la existencia del gabinete Ofalia. La intervencion de un amigo de dos de los ministros y que lo era tambien de Espartero, á quien estaba á la sazón rindiendo desinteresados y no poco importantes servicios de prensa, calmó por entonces la irritacion y aplazó la ruptura, renovada ahora por la continuacion por parte del gobierno de falta de recursos y principalmente por no estar satisfecho el general en jefe de la docilidad de los ministros.

A este motivo de apartamiento añadíanse los celos con que Espartero veía la creciente popularidad de Narvaez. Habia aquel reclamado del ministro de la Guerra general Latre el inmediato envío á la provincia de Burgos del ejército de reserva. Sin haberse negado el ministro á la exigencia, la tenia en cierto modo aplazada, cuando sobrevino el gran descalabro del levantamiento del sitio de Morella, acontecimiento que precipitó la caída del ministerio, al que sucedió el abigarrado gabinete que presidió el duque de Frias y cuyo ministro interino de la Guerra lo fué el general Aldama.

Este creyó resolver la doble dificultad que surgia entre contentar á Espartero sin privar á Narvaez de un mando en el que tan señalados servicios acababa de prestar; á cuyo efecto acordó el gobierno que el ejército de reserva se aproximase al Norte, bajo las órdenes del mismo general que lo habia organizado; con lo que abrigaba la esperanza de utilizar los servicios de ambos caudillos en beneficio de la causa de la Reina.

Mas para juzgar cuál fué la verdadera índole de la crisis política y militar próxima á estallar por efecto del latente antagonismo que ya se vislumbraba entre Espartero y Narvaez, es absolutamente indispensable que sean revelados al público antecedentes enteramente nuevos para la historia, tal cual hasta ahora se ha escrito; antecedentes sin cuya debida apreciacion quedarian truncadas las cuestiones de ambicion, de patriotismo y de moralidad que envolvía la ruidosa y cercana explosion de rivalidad entre el conde de Luchana y el futuro duque de Valencia.

En el capítulo I del libro VII dejamos consignada la poca propicia circunstancia que motivó el alejamiento que empezó á apuntar entre el general en jefe del ejército del Norte y el brillante comandante general de la division de vanguardia, que tanto se distinguió en la persecucion de Gomez y á cuya victoriosa campaña interpuso un fatal eclipse la soldadesca insurreccion ocurrida en presencia del enemigo en Cabra, insurreccion utilizada por su promovedor el general don Isidro Alaix. Hicimos tambien constar al ocuparnos de este grave asunto que Narvaez deseaba haber ido á tomar parte en el segundo sitio de Bilbao á las órdenes de Espartero, por quien era esperado entonces sin prevencion, y antes al contrario con deseos de emplear al aventajado jefe que de tan buen concepto gozaba en el ejército.

La mala impresion que recibió Narvaez cuando, llegado á Burgos, supo que Alaix, en vez de hallarse encausado por el delito militar que habia cometido en Cabra, se hallaba mandando las armas en Vitoria, donde Narvaez se dirigía y hubiera tenido que ponerse á las órdenes de su rival, lo indujo á presentar su dimision y á pedir su licencia absoluta.

Aquel acto de susceptibilidad y de despecho por parte de Narvaez dejó en el ánimo de Espartero la sospecha de que el valiente y entendido jefe que habia merecido toda la predileccion del general don Luis Fernandez de Córdova, repugnaba servir á las órdenes del sucesor de aquel, sentimiento que no pudo menos de agravarse y de labrar acrecentada desconfianza en el ánimo de Espartero al ver la popularidad que llegó á alcanzar Narvaez, el lugar que en la opinion supo hacerse con la rápida organizacion del ejército de reserva y las alabanzas de que era objeto por parte de los pueblos de la Mancha, libertados por la pericia, actividad y energía del general que en breves semanas pacificó el país y lo purgó de carlistas y de traidores.

Hechos y consideraciones de esta clase vinieron á crear un tácito antagonismo entre el omnipotente general en jefe del ejército del Norte y la celebridad militar que apuntaba en la persona del general Narvaez. Mas cuando esta rivalidad se hallaba todavia en ciernes, entró á desempeñar el ministerio de la Guerra el honrado don Manuel de Latre.

Leno de patriotismo y de rectas intenciones habló el general con un antiguo amigo suyo, que lo era tambien de Narvaez, acerca de cuán perjudicial era al interés del servicio la latente prevencion y desconfianza que parecia existir entre un hombre de la importancia del general Espartero, cuya enérgica y ejemplar conducta en la represion y castigo de las insurrecciones militares que causaron la traidora muerte de los generales Ceballos Escalera y Sarsfield acababa de colocar tan alto en la estimacion pública, y un caudillo militar de las esperanzas que todos fundaban en la capacidad de Narvaez; con cuyo motivo concibió Latre el proyecto de disipar la sombra de rivalidad que se interponia entre los dos aventajados servidores del público. Aceptada la idea por el amigo de Narvaez, quien supo lograr de este autorizacion para que Latre tratase la negociacion á buen término, acordóse que el primer paso seria el de una carta que, por conducto del ministro mediador, escribiría Narvaez á Espartero, explicando las circuns-

tancias que le impidieron presentarse en Bilbao cual habia sido su deseo; manifestando al mismo tiempo al general en jefe, de la manera mas explicita, su deseo de servir á sus órdenes, como su leal subordinado, ansioso de adquirir títulos valederos á su duradera amistad. El amigo de Narvaez escribió la carta, dictada á gusto de Latre, y remitida á Narvaez, que se hallaba en Andalucía en los trabajos de organizacion del ejército de reserva, la firmó este sin alterar una sola letra. Al recibirla Latre manifestó que consideraba aquella carta como un hecho importante; como la prenda de union entre dos hombres de quienes la patria tenia mucho que esperar.

En el entre tanto, y en la confianza de que Latre realizaria su leal propósito, Narvaez estaba dando en Andalucía las pruebas de capacidad á que se debió la improvisacion del ejército de reserva. Llegado que hubo al frente de este ejército á la Mancha y dado principio á su campaña contra las facciones, el grito unánime de admiracion que brotó del corazón de los habitantes de aquellas provincias, libertadas del vandalismo de los facciosos, aumentó necesariamente el prestigio del hombre á quien se debía tan insigne servicio; sin que, sin embargo, el paso dado por el ministro de la Guerra, amigo particular de Espartero é iniciador del pensamiento de conciliacion, hubiese producido los apetecidos efectos, despues de pasados cerca de cuatro meses sin que Espartero, siquiera por atencion, contestase á la carta de Narvaez.

Los que tengan idea del carácter susceptible del último, comprenderán fácilmente los efectos que el desaire debió producir en su levantado ánimo, mucho mas habiendo sido tan explícitos los ofrecimientos de subordinacion hechos por el inferior al superior.

Amonestado Latre por el oficioso amigo, que habia sido su copartícipe en la intentada negociacion, escribió aquel á Espartero recordándole la obligacion moral en que estaba de dar una respuesta á la modesta y amistosa comunicacion de Narvaez. La respuesta de Espartero fué completamente evasiva. Dijo haber contestado directamente á Narvaez por conducto del señor Pasalodos, vicario de Ciudad-Real, quien, preguntado á su vez por el paradero de la carta, contestó no haberla jamás recibido.

Grandemente embarazosa llegó á ser la posicion del amigo de Narvaez que habia aconsejado á este que escribiese á Espartero en los términos que aquel habia consentido en hacerlo. Era además peculiar la situacion en que se encontraba dicha servicial persona, respecto al conde de Luchana, de quien era amigo y á quien habia defendido en la prensa cuando, con motivo del fusilamiento de los *chapelgorris*, las iras de los progresistas se desencadenaron contra el general. El mismo interés que el mutuo amigo de los dos protagonistas tenia en el éxito de la delicada negociacion, le condujo á mostrarse todavia mas encomiador de los hechos y merecimientos de Espartero que de los del mismo Narvaez, con quien lo ligaban relaciones de intimidad desde la célebre jornada de Arlaban, en la que, gravemente herido Narvaez, tan de relieve pusieron su nombradía las palabras del general en jefe Córdova al estrecharlo herido en sus brazos; nombradía que habia acrecentado la galante frase del general Bernelle, que ya dejamos consignada al tratar de esta batalla.

Sobreponiéndose á los móviles de afeccion personal que lo ligaban mas estrechamente á Narvaez, como á los estímulos de ambicion que aconsejaban inclinarse á Espartero, el delicado mediador que juntamente con Latre habia intervenido en el patriótico propósito de unir á los dos generales, aprovechó la ocasion del triunfo obtenido por Espartero en la toma de Peñacerrada para celebrar este hecho de armas en el siguiente artículo, inserto en *El Correo Nacional* del 26 de junio de 1838:

«Las esperanzas que todos fundábamos en la bizzarria de nuestros soldados y en la pericia de su invicto general, se convierten hoy en gloriosos títulos de certidumbre. La *Gaceta extraordinaria* que publicamos.... anuncia que Peñacerrada ha caído ya en nuestro poder y que el enemigo ha sido vencido.... El 19 se presentó nuestro ejército frente á la plaza. El 20 fué atacado el castillo que los carlistas supieron defender con obstinacion y bizzarria.... Nuestros soldados se apo-